

como si hubiese sentido el contacto de un hierro candente. A esto siguió entre ellos una como carrera circular en que la mujer pareció perder paulatinamente sus deseos de huir, hasta que por fin se detuvo, se volvió de cara á su pareja, y empezó una danza que tanto tenía de la pírrica griega como del jaleo español y de la chica americana: era á un tiempo una fuga y una provocación, una lucha en la cual la mujer se escurría como una culebra y en la que el hombre perseguía como un tigre. La música era cada vez más vibrante; las otras dos gitanas gritaban y saltaban como hienas enamoradas, pateando y palmoteando: por último, y al parecer llegados al límite de las fuerzas humanas, hombres y mujeres lanzaron unánimes un grito de cansancio, de rabia y de amor, y mientras las dos gitanas y el gitano se dejaban caer en tierra, la danzarina se plantó de un brinco y cuando yo me- nos lo esperaba en mis muslos, y enlazándome con sus brazos como una doble serpiente, puso en los míos sus labios perfumados con no sé qué yerba de Oriente.

Era su modo de pedir lo que se le debía por el maravilloso espectáculo que acababa de darme.

Vacié mis bolsillos sobre la mesa, y fué para mí una fortuna el no llevar encima más que dos ó trescientos rublos, pues le habría dado un tesoro si conmigo lo hubiese traído.

Aquel día comprendí la pasión que por las gitanas sienten los rusos.

### XXIII

Cuanto más se acercaba el momento de la marcha de Luisa, más era la persistencia con que se presentaba á mi corazón y á mi conciencia, si puedo expresarme así, una idea que repetidas veces se había despertado en mi mente. Informado en Moscou de las

dificultades que en invierno ofrece el camino hasta Tobolsk, supe que Luisa tendría que vencer, además de aquéllas, muchos y graves peligros. Ocioso es pues decir que desde entonces dolíome en el alma abandonar en su abnegación á una pobre mujer sin familia, parientes ni otro amigo que á mí, á ochocientas leguas de su patria, de la que iba á alejarse otras novecientas leguas. La parte que, en los diez y ocho meses que hacía que estaba yo en San Petersburgo, había tomado en sus alegrías y en sus pesares; la protección que, gracias á su recomendación, me concediera el conde Alejo, y á la cual debí el empleo que el emperador se dignara conferirme, y, más que todo, la voz interna que dicta al hombre su deber en las grandes circunstancias de la vida en que su interés lucha con su conciencia, todo me aconsejaba que acompañase á Luisa hasta el término de su viaje y la pusiese en manos de Alejo. Por otra parte un presentimiento me decía que si me separaba de ella en Moscou, y por el camino le sobrevenia alguna desgracia, sería para mí no sólo un dolor, pero también un remordimiento. Resolví pues, - porque no me llamaba á engaño respecto de los inconvenientes que tenía para mí y en mi estado tal viaje, para el cual no había pedido licencia al emperador, y que tal vez sería mal interpretado, - hacer cuanto estuviese en mi mano para obtener de Luisa que aplazase su viaje hasta la primavera, y, de persistir en su resolución, partir con ella.

No se hizo esperar la ocasión de intentar un pos- ter esfuerzo tocante á este punto. Aquella misma tarde y mientras tomábamos el té la condesa y sus hijas, mi compatriota y yo, la madre de Alejo asió las manos á Luisa, y después de hacerla sabedora de los riesgos á que se exponía, le rogó encarecidamente que, por mucho que ella, como madre, anhelaba que su hijo tuviese una consoladora, pasase con ellas el invierno en Moscou. Al oír yo la proposición de la condesa, uní á las suyas mis instancias; pero Luisa, son-

riéndose con melancolía, opuso incesantemente la misma respuesta, quiero decir que procuró tranquilizarnos en nuestros temores.

—A lo menos espere V. á que circulen los trineos, dijo la condesa.—Falta todavía demasiado tiempo, contestó Luisa moviendo á una y otra parte la cabeza.

En efecto, el otoño era húmedo y lluvioso, y por tanto no podía prejuzgarse cuándo empezaría los fríos.

—¿Pero ustedes quieren que él se muera allá abajo y que yo me muera aquí? exclamó Luisa al ver que nosotros insistíamos.

Ante resolución tan irrevocable, cesaron mis vacilaciones.

Luisa tenía que partir á las diez de la mañana siguiente, después de almorzar todos en casa de la condesa. Levantéme pues temprano, y fui á comprar un gabán, una gorra, un par de gruesas y forradas botas, una carabina y un par de pistolas, encargando luego á Iván que lo metiera todo en el coche de camino, que, como va expuesto, era una excelente berlina de posta, de la que indudablemente tendríamos que apearnos para tomar un trineo, pero de la cual pensábamos aprovecharnos mientras el tiempo y el camino lo consintiesen.

Para disculparme á los ojos del emperador, le escribí una carta diciéndole que en el instante de ver subir al coche para un viaje tan largo y peligroso á la mujer á quien él se dignara favorecer con su generosa protección, yo, su compatriota y amigo, no me sentí con ánimo de dejarla partir sola, y que por tanto suplicaba á su majestad perdonase una resolución que, por lo espontánea, me vedara el solicitar su venia, y que sobre todo la juzgase desde su verdadero punto de vista. Escrita la carta, me encaminé á casa de la condesa.

Excuso decir que el almuerzo fué triste y grave. Únicamente Luisa estaba radiante; á la aproximación

del peligro y al pensar en la recompensa que tras él la esperaba, en los ojos de aquélla se traslucía algo así como la inspiración religiosa de los antiguos cristianos al bajar al circo encima del cual se abría el cielo: por lo demás, la serenidad de Luisa se comunicó á mí, y, como mi paisana, sentíme lleno de esperanza y de fe en el Altísimo.

La condesa y sus hijas condujeron á Luisa al patio en que aguardaba el coche, y allí se renovó la despedida, si más tierna y dolorosa por parte de aquéllas, más resignada todavía por la de Luisa; la cual volvióse luego hacia mí y me tendió la mano.

—¡Qué! exclamó mi amiga al ver que, sin soltarle la mano, la conducía hasta el coche, ¿no me dice V. adiós?—¿Para qué? repuse.—Pero ¿no ve V. que me voy?—Y yo también.—¡Cómo! ¿V. también?—Claro que sí; ¿no conoce V. la historia del guijarro del poeta persa? no era la flor, pero había vivido junto á ella.—¿Y qué?—Que la abnegación se ha apoderado de mí, y parto con V.; la dejo á V. sana y salva en manos del conde, y me vuelvo.

Luisa hizo un ademán como para oponerse á mi designio; luego, tras una breve pausa de silencio, repuso:

—No estoy autorizada para impedir á V. que haga una acción hermosa y santa; si tiene V. confianza en Dios como yo, si está V. resuelto como yo lo estoy, acompáñeme.

En esto sentí que me cogían la otra mano para besarla, y al volverme ví que era la desventurada madre quien me la asiera. Las dos doncellas lloraban á lágrima viva.

—Sosiéguese ustedes, dije á la condesa y á sus hijas, Alejo sabrá por mí que si ustedes no han venido es porque humanamente no podían venir.—¡Oh! sí, dígaselo V., exclamó la condesa; dígale V. que hemos impetrado su perdón, pero que nos han respondido no haber ejemplo de que semejante gracia se haya

concedido; dígale que de habérselo permitido, nos habríamos reunido á él, aunque hubiésemos tenido que hacer el viaje á pie y pidiendo limosna. —Le diremos lo que él ya sabe, señora, repuse, y es que alienta usted un verdadero corazón de madre. —¡Mi hijo! ¡mi hijo! exclamó Luisa, que hasta entonces se mostró fuerte, pero que al escuchar estas palabras rompió en sollozos; ¡mi hijo! que yo le bese por última vez.

Aquel fué el momento más doloroso. Luisa cubrió de besos á su hijo, y no se decidía á separarse de él; por fin se lo arranqué de los brazos, lo puse en los de la condesa, y, metiéndome de un salto en el coche, cerré la portezuela y grité: «¡Adelante!» Como Iván estaba ya en su asiento, y el postillón no se hizo repetir la orden, partimos á escape, y en medio del ruido que las ruedas hacían sobre el adoquinado, oímos el último adiós de la condesa y de sus hijas, grito postrero de separación, último voto porque Dios nos diese un viaje feliz. Diez minutos después Moscú quedaba á nuestra espalda.

Iván estaba advertido por mí y de antemano de que nuestra intención era no detenernos de día ni de noche, y ahora la impaciencia de Luisa estaba de acuerdo con la prudencia, pues, como he dicho, el otoño era lluvioso, y podía muy bien ser que de esta suerte llegásemos á Tobolsk antes de las primeras nieves, lo cual quitaba todo riesgo al camino y nos permitía salvarlo en quince días. Dejamos pues atrás y con la rapidez maravillosa de los viajes por Rusia, á Pokrow, Wladimir y Kurow, y por la noche del subsiguiente día llegamos á Nijni Novogorod, donde exigí á Luisa que reposase algunas horas, que mucho lo necesitaba después de los trabajos y las emociones de que no estaba aún completamente repuesta. No obstante encerrar curiosidades la ciudad, no la visitamos, pues el tiempo nos apremiaba. Así pues á las ocho de la mañana anudamos con igual velocidad nuestro viaje, y por la noche del mismo día llegamos

á Kosmodemiansk. Hasta ahora el viaje no pudo hacerse en mejores condiciones; nada nos recordó, durante el trozo recorrido, que estuviésemos camino de Siberia. Las aldeas que atravesábamos, ricas, con muchas *cerquias* (iglesias), de casas tan buenas como las quintas de las otras provincias y limpias como una taza de plata, encerraban una población al parecer dichosa. En todas ellas y con profunda admiración nuestra encontrábamos una sala de baños y un rico figón donde tomar el té. Por lo demás, en todas partes nos recibían con solicitud y agrado iguales, lo cual no había que atribuirlo á la orden del emperador, pues todavía no hubo que echar mano de ella, sino á la innata benevolencia de los campesinos rusos.

Cesaron las lluvias, y de tiempo en tiempo nos hacían tiritar algunas ráfagas de helado viento que al parecer soplaban del mar Glacial. El cielo semejava una pesada, compacta é inmensa plancha de estaño, y Kasán, adonde no tardamos en llegar, pese al raro aspecto de su antigua fisonomía tábara, no logró detenernos más de dos horas. En otra circunstancia habríame aguijado el deseo de levantar alguno de los grandes velos de las mujeres de Kasán, que tanta fama tienen de hermosas, pero no era aquélla ocasión á propósito para librarme á tales investigaciones.

El aspecto del cielo era cada vez más amenazador, y puede decirse que no oíamos la voz de Iván sino cuando y con acento de esos que no admiten réplica, decía á cada nuevo postillón: ¡*Pascare!* ¡*pascare!* ¡Más aprisa! ¡más aprisa! Y en verdad tan aprisa íbamos, que no parecía sino que volábamos por aquella inmensa planicie en la que ninguna ondulación del terreno retarda la marcha. Era evidente que el más vivo deseo de nuestro conductor era atravesar los Urales antes que nevase.

Con todo eso Luisa estaba tan sumamente rendida al llegar á Perm, que nos vimos obligados á pedir á Iván que nos dejase pasar allí la noche. Iván titubeó

por breve espacio, consultó el cielo, que estaba más lechoso y amenazador que hasta entonces, y nos dijo: —Sí, quédense ustedes; pronto va á nevar, y es preferible que la nieve nos coja aquí que no por el camino.

Por más que no era tranquilizador este pronóstico, no dejé de dormir á pierna tendida toda la noche. Al despertar, la predicción de Iván se había cumplido: los tejados y las calles de Perm estaban cubiertos de una capa de nieve no menos gruesa de sesenta centímetros.

Vestíme en un santiamén, y al bajarme para concertar con Iván lo que convenía hacer, lo encontré muy inquieto.

—¿Qué pasa? pregunté á nuestro conductor. —Pasa, me respondió Iván, que ha caído con tal abundancia la nieve, que en la hora de ahora todos los caminos y torrenteras deben de estar sepultados bajo ella; pero como aun no hace bastante frío para que salgan los trineos, y la tenue costra de hielo que cubre los ríos no es bastante fuerte para sustentar los coches, aconsejo á ustedes que esperen aquí á que hiele.

Al oír la respuesta de Iván moví la cabeza á una y otra parte, pues estaba segurísimo de que Luisa no aceptaría. En efecto, poco después la vimos bajar, también muy inquieta, y al oír que discutíamos sobre el mejor partido que podía tomarse, intervino en nuestra discusión para zanjarla, diciendo que anhelaba pónerse en camino. Iván y yo le recordamos todas las dificultades que quizá contrariasen la ejecución de su proyecto; pero á todo replicó: —Concedo á ustedes un plazo de dos días; Dios nos ha protegido hasta ahora y no nos abandonará.

A mí me dolía parecer más tímido que una mujer; así es que conociendo en la entonación suave, pero firme, de las palabras que Luisa acababa de dirigir á Iván, que éstas encerraban una orden, repetí á nuestro guía que le concedíamos un plazo de cuarenta y

ocho horas, y le incité á que durante ellas hiciese los preparativos necesarios á nuestro nuevo modo de viajar. Estas disposiciones consistían en dejar en Perm nuestra berlina y en comprar un *telegue*, ó carricoche sin suspensorios, que, al iniciarse el frío, trocaríamos por un trineo montado en patines. Adquirido en el mismo día el *telegue*, trasladaron á él nuestras pelli- zas y nuestras armas.

Cúmpleme decir que Iván obedeció como verdadero ruso, esto es sin hacer la más leve objeción, y que estaba dispuesto á partir de nuevo y sin chistar por mucho que tuviera la certidumbre del peligro á que nos exponíamos.

En Perm empezamos á encontrar desterrados; eran éstos polacos que tomaron parte remotísima en la conspiración, ó que no la denunciaron, y que, cual las almas que Dante ve á la puerta del infierno, no merecían alternar con los verdaderamente culpados.

Aparte de la pérdida de la patria y el alejamiento de la familia, el destierro en Perm es tan llevadero como otro cualquiera, pues esta ciudad, en verano, ha de ser atractiva, y en invierno el frío casi nunca pasa de 35° á 38° bajo cero, en tanto que en Tobolsk hay ocasiones en que llega á—50°.

Dos días después continuamos el viaje en nuestro carricoche, sin que, gracias á la mucha nieve que cubría el suelo, advirtiésemos su dureza.

Al salir de Perm, el aspecto del paisaje nos oprimió el corazón. Bajo la mortaja extendida por la mano de Dios, habían desaparecido caminos, vericuetos y arroyos: no se veía más que un inmenso mar donde, á no ser algunos árboles aislados que servían de norte á los postillones familiarizados con aquellos lugares, hubiera sido menester una brújula al igual que en un mar verdadero. De tiempo en tiempo, ora á nuestra derecha, ya á nuestra izquierda ó á nuestro paso, un oscuro bosque de abetos con las ramas frangiadas de diamantes aparecía á nuestros ojos como

una isla, y, en este último caso, en el camino abierto entre los árboles conocíamos que no nos habíamos desviado. De esta suerte recorrimos unas cincuenta leguas, internándonos en un país que, al través del velo que lo cubría, pareció cada vez más agreste. A compás que íbamos avanzando, las postas eran más raras, hasta el punto de estar en ocasiones separadas por una distancia de treinta verstas, ó como si dijéramos unas ocho leguas. Además, en ellas no pasaba ya como en el trayecto de San Petersburgo á Moscú, donde encontrábamos siempre brillante y alegre reunión delante de la puerta: no, allí reinaba una soledad casi absoluta. En aquellas cabañas, calentadas por una grande estufa como las que se ven en todas las chozas de Rusia, había tan sólo uno ó dos hombres, uno de los cuales, al oír el ruido que hacíamos, montaba un caballo en pelo, y, con una larga vara en la mano, se internaba en una mata de abetos, de la que pronto volvía á salir llevando por delante un rebaño de caballos montaraces. Entonces era preciso que el postillón de la última posta, Iván, y alguna vez yo, cogiésemos á los caballos por las crines á fin de engancharlos quicras que no á nuestro carricoche. La velocidad con que al principio de su carrera nos llevaban aquellos animales era espantosa; pronto, empero, se calmaba su fogosidad, pues como aun no había helado, se hundían hasta los corvejones en la nieve y se fatigaban sin tardanza; luego, al llegar á la siguiente posta, después de haber empleado en el trayecto una hora más que de haber hecho buen tiempo, perdíamos veinte ó veinticinco minutos más, pues en todas se repetía la misma canción. Así atravesamos toda la extensión regada por el Silwa y el Uja, cuyas aguas, al arrastrar particulas de oro, de plata ó de platina, y guijarros de malaquita, han indicado la presencia de aquellos ricos metales y de estas piedras preciosas. Mientras nos encontramos en el círculo beneficiado, gracias á las aldeas habitadas

por las familias de los mineros pareció que el país cobraba alguna vida; pero atravesado que hubimos aquella comarca, descubrimos ya en el horizonte una como muralla de nieve con algunos picos negros: eran los montes Urales, fortísima barrera levantada por la naturaleza entre Europa y Asia.

Noté con alegría que cuanto más íbamos acercándonos á los Urales, más arreciaba el frío; y digo con alegría, porque esta circunstancia nos hacía concebir la esperanza de que la nieve tomaría bastante consistencia para que pudiésemos viajar en trineo.

Por fin llegamos al pie de los Urales y nos detuvimos en mísero villorrio de unas veinte casas y en el cual no encontramos más posada que la posta.

Lo que en primer término motivó nuestra parada en aquel sitio, fué que el frío, al hacerse intenso, nos obligaba á cambiar por un trineo nuestro carricoche.

Luisa se decidió pues á pasar en aquella casucha el tiempo que nos harían perder la espera de una helada completa, la busca de un trineo y la traslación de nuestro equipaje al nuevo vehículo; en consecuencia entramos en lo que nuestro postillón apellidaba enfáticamente un mesón.

Pobre, paupérrimo tenía que ser el dueño de aquella casucha, pues por vez primera encontramos, en lugar de la clásica estufa, una gran fogata cuyo humo salía por un agujero del techo. Ello no obstante, nos apeamos para tomar sitio junto á la lumbre, en torno de la cual estaban ya acurrucados hasta una docena de carromateros que, como nosotros, tenían que atravesar los Urales, y, como nosotros también, aguardaban que el paso quedase libre.

Al principio los carromateros no hicieron de nosotros caso alguno; pero en cuanto me hube quitado la capa, mi uniforme me conquistó un sitio, quiero decir que aquéllos se hicieron respetuosamente á un lado, y para mí y Luisa nos dejaron la mitad del círculo.

Para nosotros lo más apremiante era calentarnos, y ello fué lo primero á que nos aplicamos. Ya un poco en calor, me ocupé en algo no menos importante, en la cena, y llamando al dueño de aquel misero mesón, dile á comprender mi deseo. Mi pretensión debió de parecer excesiva al huésped, pues manifestóse profundamente admirado, y por toda cena me trajo media hogaza de pan negro, haciéndome comprender á su vez que era cuanto podía ofrecernos. Entonces me volví á Luisa, y al ver que sonriéndose con resignación alargaba la mano hacia el pan, la detuve, insistiendo para con el huésped para que nos procurase algo de más sustancia. Coligió el infeliz por mi pantomima mi descontento, y fué y abrió todos los armarios, cofres y cajas de su casucha, y por señas me incitó á que por mis propios ojos me cerciorase de la carencia de víveres en que se encontraba. En efecto, al mirar con atención á los carromateros, nuestros comensales, observé que cada uno de ellos sacaba de sus alforjas un trozo de pan y una lonja de tocino, y que después de estregar el tocino por el pan lo volvían cuidadosamente á sus alforjas para que este sibiritismo durase cuanto más mejor.

Como en tiempo de hambre no hay pan duro, disponíame á pedir á uno de los carromateros que me permitiese frotar con su trozo de tocino nuestra media hogaza, cuando entró Iván, que oliendo lo que nos pasaba, consiguió procurarse pan menos negro y dos pollos á los que previamente retorciera el cuello para no herir nuestra sensibilidad. Entonces fuimos nosotros los que menospreciamos á los del tocino, que se mostraron ahora tan anonadados por nuestra abundancia cuanto antes burlones por nuestra carestía.

Urgía aprovechar el tiempo, pues el apetito, cortado momentáneamente por la vista de la cena que nos ofreció el mesonero, acababa de despertarse con extraordinario empuje.

Resuelto que nuestra cena se compondría de caldo

y asado, Iván cogió una marmita que el postillón se puso á fregar con todas sus fuerzas, en tanto que Luisa y yo desplumábamos los pollos é Iván labraba un asador. Poco después todo estaba preparado: la marmita hervía á borbotones, y el asado, suspendido de un bramante por las patas, giraba como una peonza delante de la fogata.

Ya tranquilizados respecto de nuestra cena, nos inquietó el deseo de saber qué se había resuelto tocante á nuestra partida. Iván, al ver que era imposible procurarse un trineo, obvió la dificultad haciendo quitar las ruedas de nuestro *telegue* y que lo montasen en patines. El carretero del lugar estaba en aquel momento ocupado en la expuesta reforma.

El tiempo se presentaba cada vez más propicio á la helada, lo cual nos dió esperanzas de que podríamos partir á la mañana siguiente: esta buena nueva redobló nuestro apetito, hasta el punto, en mí, que recordé no haber cenado, hacía largo tiempo, tan á gusto como aquella noche.

En cuanto á las camas, ya imaginará el lector que ni siquiera preguntamos si las había, cuanto más que con nuestras excelentes pellizas podíamos suplir su falta. Envolvimos pues en ellas y en nuestras capas, haciendo votos por que el tiempo se mantuviese en las buenas disposiciones en que estaba.

Serían las tres de la madrugada cuando despertóme un picoteo en el rostro. Incorporéme, y á la luz de la trémula llama que despedía la moribunda fogata, ví una gallina que se guardara de mostrarse horas antes, y que, habiéndose introducido en la pieza, se estaba comiendo los relieves de nuestra cena. Yo, que no sabía si al día siguiente Iván sería tan afortunado como lo fué la tarde anterior, y sabiendo por experiencia á qué nos exponíamos en las ventas del camino, guardéme muy mucho de ahuyentar al estimable volátil; al contrario, tomé otra vez la horizontal, dejando á la gallina en la más completa libertad de

proseguir sus averiguaciones gastronómicas. En efecto, no bien me hube quedado nuevamente inmóvil, cuando el animalejo, envalentonado por la impunidad de su primera tentativa, tornó con encantadora familiaridad á saltar de mis pies á mis muslos y de mis muslos á mi pecho; pero aquí se detuvo su viaje: con una mano la cogí por las patas, por la cabeza con la otra, y sin darle tiempo de proferir un grito, le retorcí el cuello.

Compréndese que después de una operación semejante, que requirió la aplicación de todas las facultades de mi espíritu, así tenía yo ganas de anudar el sueño como de hacerme turco. A bien que, por más que lo hubiese querido, me habría sido casi imposible lograrlo, gracias á dos gallos que la dieron por saludar de minuto en minuto y en tonos diferentes la llegada del nuevo día. Levánteme pues, y salí para informarme de visu qué tal continuaba el tiempo; no podíamos esperar más: la nieve estaba ya lo bastante endurecida para que por ella pudiesen deslizarse los patines del trineo.

Al volverme junto al hogar, noté que no era yo el único á quien el canto del gallo hubiese despertado. Luisa estaba sentada y envuelta en sus pellizas, sonriéndose como si hubiese pasado la noche en la más mullida cama, y no dando siquiera muestras de pensar en los peligros que probablemente nos esperaban en las gargantas de los Urales. Los carromateros empezaban, por su parte, á dar señales de vida, y nuestro guía, Iván, dormía como un bienaventurado. Aunque en las circunstancias normales el sueño del prójimo me inspira el más profundo respeto, la situación era grave en demasía para reparar ahora en repulgos de empanada. Los carromateros, reunidos á la puerta del mesón, adonde uno tras otro acudieran, consultábanse mutuamente, y por lo que colegí de sus ademanes, andaban no acordes de pareceres. Así pues desperté á Iván para que tomase parte en el consejo,

y se ilustrase en la experiencia de aquellas buenas gentes cuyo oficio era ir y venir incesantemente de Europa á Asia, y hacer en invierno y en verano el camino que habíamos de seguir nosotros.

No me engañé: la opinión de los carromateros estaba dividida en dos bandos. Unos, los de más edad y experiencia, abogaban por esperar uno ó dos días más; los otros, los más jóvenes y emprendedores, insistían para que sin dilación se emprendiese la marcha, y Luisa, que comprendía algunas palabras del patuá de los discutidores, abundaba en el parecer de los últimos.

Ora que Iván fuese accesible á los ruegos de una linda boca, ó bien que en realidad le pareciese que el tiempo ofrecía garantías de continuar propicio, es lo cierto que secundó á los que abogaban por la partida; y muy probablemente por el influjo que ejercía su uniforme en una tierra en que éste lo es todo, atrajo á su opinión á algunos de los que á ella se mostraran contrarios: por manera que habiendo hecho ley la mayoría, todos empezaron sus preparativos. La verdad es que Iván temía que, fuere cual fuese la resolución de los carromateros, de no seguirla nosotros redundase en nuestro perjuicio, porque en definitiva más valía que hiciésemos el camino en compañía que no solos.

Como Iván nos servía también de mayordomo, le encargué que á la cuenta del mesonero añadiese el importe de la gallina de marras, y sacando de debajo de mi capa al gallináceo, se lo entregué para que, junto con otras provisiones que él se procurase, nos la hiciese preparar para la próxima cena.

—Sobre todo, añadí, vea V. si puede encontrar pan menos negro que el que nos vimos constreñidos á comer anoche.

Iván salió en busca de condumio, y á poco regresó con otra gallina, un jamón crudo, pan comestible y unas botellas de cierto aguardiente rojo preparado, según tengo entendido, con la corteza del abedul.

Interin los carromateros enganchaban sus caballos, me encaminé á la caballeriza para escoger los nuestros; pero no hallé ni uno; según costumbre, estaban en el bosque vecino. El mesonero despertó entonces á un rapaz de doce á quince años que estaba durmiendo en un rincón, y le ordenó que fuese á cazar los caballos. El pobrecito se levantó sin chistar, cogió, con la obediencia pasiva del campesino ruso, una larga pértiga, y partió al galope en uno de los caballos de los carromateros.

Los cuales, entretanto, se dispusieron á elegir un guía principal que tenía que tomar el mando de la caravana; una vez elegido el guía, todos estaban obligados á fiar en su experiencia y su valor, y á obedecerlo como obedece el soldado á su general. La elección recayó en un carromatero llamado Jorge, anciano de setenta á setenta y cinco años que apenas aparentaba cuarenta y cinco, de formas atléticas, negros ojos sombreados por pobladas cejas, y luenga y entrecana barba.

Jorge vestía camisa de lana ceñida á los lomos por una correa, pantalones de moletón rayado, gorra de pieles y zamarra con la lana hacia adentro. Además, llevaba en uno de los lados del cinto dos ó tres herraduras de caballo que resonaban al chocar una con otra, una cuchara y un tenedor de estaño, un largo cuchillo que tanto tenía de puñal como de cuchillo de monte, y en el otro lado una hacha de mango corto y una bolsa en la cual estaban revueltos un destornillador, una barrena, una pipa, tabaco, yesca, eslabón, dos pedernales, clavos, tenazas y dinero.

Los demás carromateros vestían poco más ó menos como Jorge.

El cual, apenas revestido de la dignidad de guía jefe, cuando ordenó á todo dios que enganchase inmediatamente á fin de poder pernoctar en una como choza situada á un tercio del paso. Al oír á Jorge, me encaré con él y le rogué que por mucho que le apre-

miase ponerse en camino, me hiciese el favor de aguardar la llegada de nuestros caballos para que pudiésemos partir juntos. El guía accedió con agrado sumo á mi petición, y los carromateros entraron de nuevo en la cabaña.

Nuestro huésped arrojó algunas brazadas de ramas de abeto y de abedul en el hogar, del cual se levantó una llamarada de la que, en el momento de separarnos de ella, conocimos todavía más el valor.

Apenas nos hubimos sentado en torno del fuego, cuando oímos el galope de los caballos que regresaban del bosque; al mismo tiempo se abrió la puerta, y el desgraciado niño que fué por ellos entró disparado en la pieza lanzando agudos é inarticulados gritos, se abrió paso en el corro, arrodillóse ante la fogata y tendió los brazos hacia la llama como si quisiese devorarla. Entonces y bajo la grata impresión de que gozaba, todas las facultades de su sér parecieron reanimarse. El infeliz se quedó por breve espacio inmóvil, callado, ávido; luego cerró los ojos, se desplomó sobre sí mismo y dió con su cuerpo en tierra. Conmiserado, bajéme para levantar al pobrecito; pero al cogerle la mano sentí con horror que mis dedos se hundían en sus carnes como si hubiesen estado cocidas, y lancé un grito. Luisa hizo entonces ademán de tomar al niño en brazos; pero la detuve.

—No hay remedio para él, exclamó friamente Jorge después de haberse inclinado hasta el sin ventura y haberlo mirado con atención.

Yo no acertaba á dar crédito á las palabras de Jorge, cuanto más que el muchacho, que había vuelto á abrir los ojos y nos miraba uno tras otro, estaba visiblemente lleno de vida.

—¡Un médico! ¡que vayan por un médico! dije levantando cuanto pude la voz.

Pero nadie me respondió. Sin embargo, mediante un billete de cinco rublos, uno de los presentes se decidió á salir en busca de un como veteri-

nario que así cuidaba de las personas como de las bestias.

Interin, Luisa y yo desnudamos al enfermo, calentamos á la llama de la fogata una piel de carnero, y arrollamos en ella al niño, que no se meneaba ni eso, como si estuviese completamente baldado. En cuanto á los carromateros, se habían salido para enganchar y se disponían á partir.

—Jorge, dije emparejando con el guía, por favor aguarde V. á que el médico llegue.—Sosiéguese V., me respondió el anciano, todavía tardaremos un cuarto de hora en marcharnos, y de aquí á entonces el muchacho habrá muerto.

Torné al lado del doliente, á quien dejara al cuidado de Luisa; el niño había hecho un movimiento para acercarse otra vez al hogar, lo que nos hizo concebir alguna esperanza.

En esto entró el médico, é Iván le enteró del porqué fueran por él. El médico meneó la cabeza, se acercó á la lumbre y desarrolló la piel de carnero: el niño era ya cadáver.

Luisa preguntó dónde vivían los padres de aquel desventurado niño, á fin de dejar para ellos un centenar de rublos, y el huésped le respondió que aquél no los tenía, que era un huérfano á quien él prohibiera por caridad.

## XXIV

No eran felices los presagios; pero ya era demasiado tarde para retroceder. Jorge, desde la cabeza de la caravana, nos daba prisa; á la puerta del mesón estaban en fila los trineos, y en el centro de la fila nos esperaba nuestro *telegue* provisto de una *troika*, esto es de tres caballos. Luisa y yo nos subimos pues al *telegue*, Iván se instaló con el postillón en el banco

que ocupaba el sitio del antiguo pescante, desaparecido en la metamórfosis operada en nuestro carricoche, y á una señal dada con un silbato, emprendimos la marcha.

Al encontrarnos á unas doce verstas del villorrio, amaneció: ante nosotros y como si pudiésemos tocarlos con la mano, se alzaban los Urales, en los que íbamos á internarnos; pero antes de ir más allá, Jorge tomó la altura, como pudiera haberlo hecho un capitán de marina, y en la situación de los árboles conoció que seguíamos el camino verdadero. Con toda suerte de precauciones, para evitar un desvío, continuamos adelante, y no una hora después llegamos á la vertiente occidental, donde se vió que la pendiente era demasiado empinada y la nieve sobrado poco endurecida aún para que los carromatos pudiesen subir arrastrados por los ocho caballos que tiraban de cada uno de ellos. En consecuencia, Jorge dispuso que sólo subiesen dos carromatos á la vez, que se engancharan á estos dos los caballos de toda la caravana, y que, llegados, volviesen á bajar para subir otros dos, y así consecutivamente, hasta que los diez que componían nuestra caravana se hubiesen unido á los primeros. Para nuestro trineo reserváronse dos caballos á fin de que sirviesen de delanteros ó de guía. Como se ve, nuestros compañeros de viaje nos trataban como hermanos que se quieren, y eso sin que hubiésemos tenido que exhibir ni una vez la orden del emperador.

Ahora las disposiciones sufrieron una variación. Como nuestro *telegue* era mucho más ligero que los carromatos, pasamos del centro á la cabeza, precedidos de dos hombres armados de largas picas para sondar el terreno. Jorge cogió del diestro á nuestro primer caballo, y tras nosotros siguieron dos hombres que con sendas hachas hicieron cortaduras en la nieve con objeto de dejar en el sitio por donde pasaran los patines huellas que sirvieran de guía á los demás. En